



*El mejor cuento del mundo*

*Existe un material con sugerencias didácticas  
y actividades sobre este título que se encuentra  
a disposición del profesorado en nuestra web.*

1.ª edición: febrero de 2025

© Del texto: Vicente Muñoz Puelles, 2025  
© De las ilustraciones: Javier Lacasta Llácer  
© Grupo Anaya, S. A., 2025  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

Director editorial: Pablo Cruz  
Edición: Rocío Alarcos  
Asistente editorial: Mercedes González Grande



ISBN: 978-84-143-4025-7  
Depósito legal: M-25629-2024  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

# El mejor cuento del mundo

Vicente Muñoz Puelles



ANAYA



## Índice

Soy un cuento .....	9
La historia de Edward Lane .....	17
La familia Adams .....	27
¡Paparruchas! .....	37
Vuelvo a ser vendido .....	49
La historia de Tom Whites .....	59
La isla de Navidad .....	75
El autor en persona .....	85
Epílogo .....	97



«—¡Viviré en el pasado, en el presente y en el futuro!  
—repitió Scrooge, saltando de la cama».

*Canción de Navidad*  
Charles Dickens



## Soy un cuento

Me llamo *Canción de Navidad* y soy un cuento.

Algunos me consideran el mejor cuento del mundo.

Me escribió Charles Dickens, con quien tuve la suerte de pasar sus últimos años. Así que esta es mi historia y también la suya.

Soy perfectamente consciente de que, si Dickens no me hubiera escrito, no existiría. Pero, si yo no existiera, tampoco él sería tan conocido. Así que en cierto modo estamos en paz.

Al principio fue como si me encontrase encerrado en el interior de una caja. No sabía nada de mí ni del mundo exterior. Ni siquiera tenía conciencia de ser algo, y mucho menos de que ese algo fuera un libro.

De pronto sentí un roce y una luz abrumadora me inundó. Vi una cara surcada de arrugas que se inclinaba sobre mí, cada vez más cerca y las formas alargadas de unos dedos helados, que me tocaban.

Nunca olvidaré aquel rostro. La verdad es que no he olvidado ninguno de los rostros que he visto.

La luz bañó unas páginas y luego otras. Por un instante, todo se emborronó. Cuando las hojas dejaron de moverse, volví a distinguir la cara y los dedos.

—¿Qué dice? —preguntó una voz seca y chirriante—. ¿De veras me pide cinco chelines por este libro? ¿Está usted loco?

Ignoraba yo que un chelín era una moneda, y que hablaban de mí. No fue entonces, sino mucho después, cuando pude descifrar por completo la escena que se desarrollaba ante mis páginas.

Panza arriba y abierto de par en par, me encontraba sobre una mesa de la espaciosa librería de Chapman & Hall, en el bullicioso Strand de Londres. Era el lugar donde había nacido, es decir, donde me habían impreso. La imprenta estaba en la parte posterior de la librería, y yo había pasado sin darme cuenta del ruido ensordecedor de las máquinas a la calma secreta de las estanterías y las mesas de exposición.

Un anciano, cuya blanca cabellera asomaba bajo un sombrero de copa, me examinaba con interés, a través de unas gafas de cristal muy grueso. Había inspeccionado mi cubierta de tela roja y mi interior, y se quejaba de que yo era demasiado caro.

—¡Pero si es un libro de primera calidad, señor! —protestó el vendedor—. Salió hace dos días a la venta, justo en el momento oportuno, por las fechas, y es el último ejemplar que nos queda. ¡Fíjese en la encuadernación, en el papel, en los bordes dorados de las páginas, en las tintas, en las ilustraciones en color! Y eso sin hablar de la historia que cuenta. ¿Qué mejor regalo para celebrar la Navidad que *Canción de Navidad*, la última obra de Charles Dickens?

—¿Regalo? ¿Navidad? ¿Dickens? ¡Paparruchas! —exclamó el anciano—. ¡No quiera tomarme el pelo! Mire. —Separó unas hojas y tiró de ellas como si fuese a arrancarlas, lo cual me dolió un poco y me alarmó, porque era el primer dolor que sentía—. Hay unas páginas repetidas. ¿Lo ve? Desde la veinticinco a la

cuarenta. Están aquí y luego aquí otra vez. ¡Y usted pretende que es un libro de primera calidad! Pues para mí no lo es de ningún modo, no, señor.

Se produjo un silencio mientras el vendedor, un hombre pelirrojo y algo grueso, me tomaba en sus manos con suavidad, me alzaba hasta la altura de su pecho y comprobaba la paginación. Me cerró, me observó de perfil, volvió a abrirme y me acostó de nuevo sobre la mesa.

—Tiene razón —dijo al fin—. Al encuadernarlo, han añadido un pliego repetido. Un descuido, un accidente. Créame, no sucede a menudo.

—Ya, ya... Ahora finge que no lo sabía —se burló el anciano.

—Y no lo sabía, se lo aseguro. Pero ahora mismo estamos reimprimiendo. Si no le urge... Mañana no abrimos, pero el lunes tendremos más ejemplares.

—No quiero otro ejemplar. Quiero este, y ha de ser ahora —afirmó el anciano, tajante, y su afilada nariz y su barbilla hirsuta parecieron juntarse por un momento, como los brazos de un cascanueces—. Le doy un chelín por él.

—Veo que está de buen humor, señor. Se nota que estamos en fiestas.

—¿Buen humor? ¿Fiestas? ¡Paparruchas! Ni el buen humor ni la Navidad van a hacerme más joven o más rico.

—Verá, señor. No tiene sentido vender un libro nuevo, recién salido de la imprenta, por un chelín. Además, tiene todas sus páginas. Puede leerlo entero, de principio a fin, sin perderse nada.

—Ya, ya. Pero, ¿cree usted que con ese defecto encontrará otro comprador? Quizá alguien se lo lleve, pero lo normal es que acaben devolviéndolo, cuando se den cuenta.

—Correremos el riesgo —dijo el vendedor, con voz firme.

—¡Paparruchas! —repitió el anciano—. Le daré un chelín y un penique. ¡Que me cuezan vivo si le doy un solo penique más! Por si no lo sabe, estoy acostumbrado a conseguir lo que me propongo.

—No, de veras que no. Lo siento, pero son cinco chelines.

El anciano me miró con un gesto que, ahora lo sé, era de fastidio, y me cerró de golpe, casi con furia, lo que me causó un gran sobresalto. Dijo algo en tono airado sobre sus relaciones con el señor Chapman y el señor Hall, dueños del negocio, que no entendí bien, y amenazó con su bastón al hombre pelirrojo.

Poco después me llegó desde la puerta de la calle un breve tintineo de campanillas. El anciano avaro se había ido y nunca volví a verlo, aunque muchos años después oiría al propio Dickens hablar de él.

Otro vendedor se acercó, desde el interior de la tienda.

—¿No era ese Warren, el magnate del betún? —preguntó.

—El mismo —contestó el hombre pelirrojo—. Viene de vez en cuando en busca de alguna ganga, pero nunca ha comprado un solo libro. Hoy, en cambio, estaba interesado en *Canción de Navidad*. Pero tampoco se lo ha llevado.

—¿Por qué?

La mano del hombre pelirrojo proyectó sobre mí una sombra fugaz.

—Le sobra un pliego, y es el único ejemplar que nos queda. ¡Figúrate que me ha ofrecido un chelín y un penique, el muy tacaño!

—Cuanto más dinero tienen los ricos —asintió el segundo vendedor con un movimiento de cabeza—, más les cuesta desprenderse de unas pocas monedas. ¡Es como si pensarán que

hasta en el cementerio podrán seguir haciendo negocios y cobrando intereses!

El hombre pelirrojo soltó una carcajada y añadió un comentario que entonces no comprendí:

—¿Sabes una cosa? ¡El viejo Warren es exactamente como Ebenezer Scrooge, el protagonista de *Canción de Navidad!* Lo tenía ahí todo el tiempo, delante de mí, mirando cada página como si la tasara, y yo no dejaba de pensar: «¡Es Scrooge, es Scrooge!». Si hasta exclama «¡Paparruchas!» cada dos por tres.

—Como aún no he leído el libro, no sé qué decirte— repliqué el segundo vendedor, y me examinó con cuidado—. Quizá deberíamos retirarlo —dijo pensativamente, después de pasar unas páginas—. Al fin y al cabo, es un libro defectuoso. Podríamos desencuadernarlo, quitarle el pliego y volver a coserlo. Nadie notaría nada.

«¡Qué horror!», pienso ahora, cuando recuerdo esas palabras.

Como no podemos defendernos, los hombres se sienten capaces de maltratarnos.

El segundo vendedor acababa de proponer esa espantosa mutilación cuando volvió a sonar la campanilla, con un toque más alegre que antes. Un sople de aire fresco entró desde la calle.

—Buenas tardes, señores —dijo una voz juvenil.

El hombre pelirrojo dio un par de pasos hacia el recién llegado, y su compañero me devolvió a la mesa de novedades y regresó al interior de la tienda.

Cuando el joven entró en mi campo visual, tuve una impresión de extrema delgadez. Llevaba el pelo largo, sin sombrero, y una marca de nacimiento, en forma de mancha de vino, en la mejilla.

—Buenas tardes, joven. ¿Busca algún libro en concreto? ¿Novela, poesía?

—No, señor. Me gusta leer, pero ya no puedo permitirme comprar libros. En realidad he entrado para preguntar si tienen trabajo para mí. Aunque solo fuera por unos días, hasta que consiga otra cosa. Haría de todo, lo que fuese, barrer, quitar el polvo, entregar los pedidos... Tengo cierta experiencia en llevar las cuentas.

El tono pretendía ser despreocupado, pero la voz desfallecía.

—Lo siento de veras —repuso el vendedor—. El encargado no está, y no me consta que necesitemos a alguien. Si quiere volver el lunes, quizá...

—El lunes será demasiado tarde —le interrumpió el joven con determinación—. Lo he perdido todo, todo...

El hombre pelirrojo intentó animarlo.

—Vamos, joven. A su edad todo parece un drama. Ya me gustaría tener sus años. Y recuerde que estamos en Navidad.

—¿Y qué son la juventud y la Navidad sin dinero? —protestó el joven.

—El dinero no es todo. Tendrá familia, amigos... Quizá hasta esté enamorado. ¿Me equivoco?

El joven gimió, como si acusara un golpe, y sus ojos se humedecieron al instante. Se inclinó sobre la mesa, como si fuera a desplomarse, y empezó a llorar sobre mis páginas. Eran unas lágrimas tibias, con regusto a sal.

He de decir que me asusté un poco, porque nunca había visto llorar a nadie y temí que el joven pudiera derretirse.

Entró otro cliente, y el segundo vendedor acudió a atenderle.

El hombre pelirrojo tomó al joven por los hombros, lo apartó y le pidió que se tranquilizara.

—Ya sé lo que haré —le dijo en voz baja, mientras me cerraba—. Voy a regalarle este libro, antes de que lo estropee del todo. Será mi buena obra de Navidad. Pero, por favor, váyase.

Puede volver otro día por lo del trabajo, si quiere, pero ahora váyase. Lea este libro y descanse. Déjese atrapar por la historia. Es un libro muy alegre, triste y alegre a la vez. Después verá las cosas de otro modo.

El joven le miró con extrañeza, como si no entendiera. Me tomó con manos temblorosas y se dirigió hacia la puerta.

La campanilla emitió su risa nerviosa, y ambos salimos al vasto y neblinoso mundo exterior, o sea, a la calle.